

y el coronel Sousa del batallon Celaya, el que murió esa tarde. Un soldado de este batallon al pasar frente á nosotros solo y con serenidad levantó con la mano izquierda el brazo derecho roto por una bala de cañon y pendiente nada mas de un pedazo de pellejo se lo mostró al Emperador, le hizo un regalo á ese desgraciado y recomendó tuvieran con él un cuidado especial. El casino, antiguo alojamiento del Emperador, fué trasformado despues en hospital para los amputados y los heridos graves.

El Emperador buscó un oficial para que llevase la órden á Miramon de mantener la línea que se habia tomado, hasta que le enviase refuerzos. Como que no habia un oficial á mano ofrecí ir yo, pero el Emperador dijo: «No, no, Salm, busque vd. á otro, pues no quiero que le vaya á suceder á vd. algo.»

El capitán Baron von Fuerstenwaerther fué á ver á Miramon, mas ya fué tarde; la línea conquistada habia ya sido de nuevo tomada por el enemigo.

Este fué el último ataque que hicimos de nuestro lado. Habiamos hecho un gran número de prisioneros que estaban reunidos en el atrio de la catedral y allí fueron examinados. Dijeron que todo marchaba satisfactoriamente en el campamento de los liberales y que desde mucho tiempo atrás hubiera sido tomado Querétaro si los generales no hubieran estado celosos y peleándose entre sí. De eso sin embargo, no habia que sorprenderse. Muchos de entre ellos pertenecian á diversos partidos, y habian sido enemigos toda su vida, y en esta ocasion solo estaban unidos temporalmente para la conclusion del sitio.

TOMA DE LA CIUDAD POR TRACION.

El general Méndez estaba ya muy disgustado. Declaró que todos estos encuentros habian sido supérfluos, pues solo nos costaban hombres sin traernos la mas mínima ventaja. La única cosa que quedaba que hacer era romper las líneas del enemigo y salirse. Estaba tan sumamente incómodo, que dijo se hallaba enfermo sin estarlo, y se trasladó á una casa en la plaza de la Independencia. El y otros generales tenian la esperanza de que el Emperador se desprenderia de las influencias del ardoroso general Miramon, y el Emperador por otro lado esperaba aun que el general encontraria medios para aniquilar al enemigo y levantar el sitio. Así, entre las esperanzas de ambos que nunca habian de realizarse, el tiempo se deslizó sin que nada decisivo se efectuara, hasta que de dia en dia vino á ser la posicion insostenible.

El dia 4 de Mayo fué otra vez bombardeada la ciudad de una manera terrible; pero esto era ya un incidente de todos los dias.

Los soldados que teniamos en la Casa Blanca echaron

de ver á un buey muy flaco que venia corriendo hácia nuestras líneas, traia entre los cuernos un pedazo de papel, y esto movió bastante la curiosidad de los soldados. Salieron á cogerlo y como que el enemigo no hizo fuego lograron su intento. Fué una chanza de los liberales; en el papel estaba escrito, que nos mandaban algo que comer para que cayésemos con vida entre sus manos. Nuestros soldados enviaron en cambio un caballo igualmente flaco, para que no pudieran alcanzar cuando nos abriéramos paso por entre ellos.

El 5 de Mayo fué dia festivo para los liberales y que celebraron por órden de su Gobierno en memoria del triunfo obtenido en 1862 contra los franceses en el fuerte de Loreto frente á Puebla; á consecuencia de lo cual estos últimos tuvieron que retirarse á Orizava y allí esperar por varios meses refuerzos de Francia.

Estando acostado en mi catre de campaña por la tarde, pasó una bala de cañon por un pasadizo contiguo y echando abajo un pilar que habia allí vino á dar contra la pared opuesta precisamente en el lugar donde estaba mi cama; afortunadamente el choque contra el pilar habia quitado á la bala su mayor fuerza, y por lo tanto resistió la pared.

Cuando me hallaba sentado escribiendo en el cuarto del Emperador con su perrito «King Charles el Baby» sobre las piernas, entró López y en un rincon dijo algo al oido al Emperador. El pequeño Baby, amigable casi con todo el mundo, en esta vez saltó de mis piernas y atacó al coronel por las suyas con una furia inconcebible y no queria segarse. El Emperador mas tarde me hizo recordar esta ocurrencia.

Hácia el anochecer se echó de ver gran movimiento en las líneas enemigas, y á las ocho y media comenzó un fuego nutrido de todas las baterías en celebridad del dia. Fué realmente un espectáculo raro y maravilloso, al realzar cada proyectil una línea de fuego en el oscuro cielo; el concierto producido por cien piezas de artillería y la esplosion de innumerables granadas; no fué menos impresionable para las personas nerviosas.

Los liberales se habian embriagado con la esperanza de que con las influencias del licor pudieran lograr el ataque tan frecuentemente ensayado contra el puente. Esta vez vinieron con mas furor y avanzaron hasta veinticinco pasos del puente; mas entonces fueron destrozados por las balas y la metralla y huyeron en desórden dejando un gran número de muertos en el campo.

El Emperador permaneció en la plaza de la Cruz durante el bombardeo que duró hasta las diez, y tanto los húsares como los Guardias de Corps se mantuvieron listos.

El dia 6 de Mayo fué de descanso en ambos campamentos. Acompañando al Emperador en su paseo de costumbre en la plaza de la Cruz, se quejó amargamente de Márquez y de las contiendas entre sus demas generales. El final de todas sus quejas era sin embargo, «Afortunadamente podemos abrirnos paso cuando nos plazca.» Habló igualmente tocante á sus relaciones con Europa; hizo mencion de los franceses y de su Emperador, pero de ninguna manera con palabras lisonjeras. Lo de mas aprobacion fueron sus observaciones tocantes al Príncipe heredero de Prusia, por quien tenia la mas singular predileccion. Dijo que en el caso que Prusia tuviera una guerra con Francia, acompa-

ria al Príncipe heredero, siempre que no hubiera guerra contra Austria.

En este mismo dia pagué una visita al general Méndez, á quien hallé en su casa, no físicamente enfermo, pero sí con un humor atroz, y se espresó de un modo que me hizo temer sériamente que sus palabras se seguirian con obras correspondientes. Por consiguiente creí de mi deber el llamar la atencion del Emperador con respecto á este asunto. Este dia era el sesenta y dos de riguroso sitio.

El 7 de Mayo fueron promovidos varios oficiales por recomendacion de Miramon. Me sorprendí bastante no ver entre ellos al comandante Pitner, que se habia distinguido tanto en las diversas acciones, cuando comandantes mas jóvenes aun y que merecian menos que este, se les promovió. Hablé al Emperador sobre esta injusticia y tuve la satisfaccion de saber que el comandante Pitner habia sido nombrado teniente coronel ese mismo dia, el intrépido mayor Malburg, al fin, igualmente obtuvo la medalla por su brillante comportamiento del 24 de Marzo.

El 8 de Mayo acompañé al Emperador á las trincheras. Cerca de la capilla de San Francisquito adonde vimos á los soldados que estaban guisando nopales. El Emperador les preguntó si les daban su rancho; contestaron que recibian su racion completa de carne de mula, pero menos maiz, café y frijoles que de costumbre.

Entre la capilla y la Alameda teniamos á cosa de ciento cincuenta pasos frente á las líneas un pequeño parapeto que protejia á un mortero. Cuando el Emperador abandonó conmigo las trincheras para irse á este parapeto al momento le hicieron fuego: «Salm, me dijo, quédese vd. aquí y aguárdeme vd.» Pero repliqué: «No puedo permitir que V. M.

se vaya solo.»—«Sí, sí, mando á vd. que se quede aquí.» Por lo tanto, me quedé en el lugar adonde me dejó el Emperador, en el campo entre la línea y el pequeño parapeto, hasta que regresó el Emperador, quien se sorprendió de encontrarme allí, pues habia querido que regresase tras de las trincheras. «Pues bien, dije escusándome: V. M. me mandó que me quedase aquí, y héme aquí.» Sacudí la cabeza sin decir palabra y siguió andando de frente. Siempre se esponia y con frecuencia innecesariamente, pero siempre cuidaba de que esto no se hiciera por personas á quienes él queria.

En camino á casa traté de persuadir al Emperador á que visitase al general Méndez, con la esperanza que esta distincion produciria buen efecto en éste; pero el Emperador se rehusó temeroso de que no convendria á su dignidad. Le dije sin embargo, que el valiente Cevallos estaba en cama y ocupaba el mismo cuarto que Méndez, y que el bizarro coronel que solo podria sobrevivir unos cuantos dias, se sentiria en extremo satisfecho con ver á su Emperador una vez mas.»

El Emperador no me contestó, pero visitó conmigo diversos lugares hasta el oscurecer; despues de lo cual fué á casa de Méndez. Al entrar en el cuarto se dirigió al momento al lecho de Cevallos, y mientras tanto me senté en la orilla de la cama de Méndez, habló algunas palabras de consuelo al moribundo coronel. Despues de esto se dirigió á Méndez, le preguntó cómo se sentia y algunas otras palabras indiferentes por hallarse presente la señora de Méndez y otras personas en el cuarto, y le dijo: «Enviaré al coronel Salm, que tiene que comunicarle á vd. algo mas.»

Despues de haber dejado al Emperador en su casa, vol-

ví á ver á Méndez, á quien me encontré en extremo satisfecho con la visita del Emperador; pero aumentó su alegría cuando le comuniqué que el Emperador al fin habia decidido abrirse paso fuera de la ciudad, y le pregunté su opinion acerca de esto. Méndez me prometió que al dia siguiente estaria bueno, que consultaria con Mejía y que informaria al Emperador del resultado.

El 9 á cosa de medio dia vino Méndez. Habia recobrado la salud y el buen humor, y tuvimos una conversacion larga, tomando una botella de vino. Le dije que el Emperador queria que asistiera á un Consejo de Guerra en el que debia determinarse la manera de llevar este plan á cabo.

El general Miramon, por divertirse, asustó al general Escobedo ese dia; cuya aversion á las balas le era conocida, dirigiéndole descargas de una batería á su cuartel general en la falda del cerro de la Cantera. Era en verdad divertido ver la confusion que causaron nuestros tiros y la presteza con que todos se escurrieron del cuartel general. Pero á Escobedo no le supo bien el chiste de semejante chanza del jóven general y se molestó bastante.

En la tarde acompañé al Emperador á su paseo de costumbre en la plaza de la Cruz, aunque en esos momentos era un lugar algo espuesto. No solo era bombardeada la Cruz con balas y granadas, sino igualmente de las casas que están cerca de la plaza que estaban ocupadas ya por el enemigo, el que desde allí mantenía un fuego nutrido de infantería contra cualesquier persona que se atrevía á salir.

El Emperador tenia hoy un humor triste. Ocho granadas reventaron en su derredor; no se cuidaba de ellas y conti-

nuaba su paseo, pero vió á varios oficiales que estaban sentados en una banca de piedra que está cerca de la entrada del convento, y entre estos al capitán von Fuerstenwaerther y al Dr. Basch que parecían despreciar algo el peligro. Me mandó á que les reconviniera, pero estos se quedaron allí no obstante, probablemente pensando que no seria propio irse, mientras tanto su Emperador se quedaba en medio de una lluvia de balas. Sin embargo, fuí otra vez enviado para ordenarles que se retirasen con presteza.

Cuando volví, el Emperador me dijo: «Salm, no mando á vd. que se vaya, pues sé que esto le mortificaria demasiado. Quedése vd. conmigo.»

Continuamos dando nuestro paseo por cosa de un cuarto de hora. Llovian balas y granadas cerca de nosotros en cantidad poco agradable, pero ninguna de estas queria satisfacer los vehementes y ocultos deseos del Emperador.

En la noche el coronel López pidió permiso para que la caballería, á las órdenes del teniente coronel Jablonski, pudiera ocupar la línea de la Cruz cerca del panteon, para relevar en un tanto el servicio de la infantería. Como que la sujestion del comandante de la Cruz parecia estar fundada en razones, se le concedió este permiso.

Jablonski era mexicano, pero problemente de origen polaco. Era amigo particular de López, con quien tenia mucha intimidad.

El 11 de Mayo las provisiones, tanto para la gente como para los animales, se habian casi agotado. Los caballos y las mulas no tenian ya que comer y tenian que satisfacerse con lo que recogian en las plazas de la ciudad. El rejimiento de la Emperatriz y la Guardia de Corps recibian aun la cuarta parte de sus raciones. Los caballos del Empera-

dor se mantenian con pasturas que López había conseguido en alguna parte; y para los míos tuve que comprar algunos colchones viejos que estaban rellenos de paja, la que hacia picar.

Todavía teníamos vino. Habíamos descubierto un depósito de un comerciante de vinos y confiscándolo para beneficio de los hospitales enviándoles todo el que necesitaban. El resto fué vendido á los oficiales y el dinero se empleó igualmente para beneficio de los hospitales. De esta manera fué adquirida una caja de champaña para la bodega imperial.

A medio dia se reunió el Consejo de Guerra en el cuarto del general Castillo. Yo me quedé en el cuarto que estaba junto al del Emperador y éste varias veces vino á comunicarme lo que decian los generales y á escuchar mi opinion.

Se decidió romper la línea del enemigo con nuestro pequeño ejército, *lo que era practicable por cualquier punto que escogiésemos*. Es cierto que el enemigo nos había cercado estrechamente con sus líneas, pero todo su ejército ocupaba estas sin tener ninguna reserva á su disposicion.

Para evitar que el enemigo se cerciorase de nuestras intenciones antes de que conviniese, se resolvió armar á tres mil indios de la ciudad los que debian ocupar las líneas mientras tanto evacuábamos nosotros la plaza. Todos los cañones debian de ser clavados por Arellano con escepcion de tres ó cuatro que debian hacer algun ruido. Los indios de cuando en cuando debian igualmente descargar sus mosquetes. Hacia el amanecer, debian tirar las armas y retirarse á sus casas. Esto sin embargo solo se les comunicaria á último momento: por el presente se les haria creer que

tenian que defender las líneas, mientras nosotros efectuábamos un ataque vigoroso.

El general Mejía se comprometió á organizar á los indios, quienes hacian cualesquier cosa por agradar á su «papá Tomasito,» é igualmente poner en estado servible los fusiles que se necesitaban.

Méndez estaba muy contento, aunque me dijo que podíamos contar con perder la mitad de la infantería por la desercion, pero que llegaríamos á la Sierra Gorda. Los liberales nada harian á la tropa; al momento la alistarían en su ejército, segun costumbre mexicana, pero á los generales en cuanto los cojiesen sin duda los fusilarían en el acto. Me suplicó, sin embargo, no dijese nada al Emperador, por temor de que esto le indujera á abandonar su plan.

Del 12 al 13 de Mayo se pasó el tiempo haciendo preparativos para este gran evento. El Emperador me envió á ver á Mejía para preguntarle hasta qué grado había progresado con sus indios. Dijo que tres mil de ellos estaban listos, pero que todavía no había tantos fusiles dispuestos, y por lo tanto suplicó se pospusiera la empresa hasta la noche del 14 al 15, á lo que accedió el Emperador.

En la mañana del dia 14 acompañé al Emperador á los hospitales. Estaba muy conmovido, y con frecuencia repetia, cuánto le podia el hallarse obligado á dejar atrás á los heridos; pero para que no se les dejase sin el cuidado debido, mandó que los doctores y enfermeras se quedaran con ellos.

Que en esa noche intentábamos salirnos, solo era sabido á los generales; pero por qué punto todos lo ignoraban; pues esto debia decidirse en consejo de guerra que se reuniría

precisamente antes de la ejecucion del plan; con el objeto de hacer imposible una traicion.

En camino de los hospitales á la Cruz el Emperador me dijo que me habia nombrado general, y concedídomela condecoracion, pero me encargó me reservase esto hasta la evacuacion de Querétaro. El Emperador temia el celo de algunos mexicanos, y no queria escitarlo en esos momentos. Temia especialmente por Miramon, el que con frecuencia le habia pedido en vano nombrase á su amigo Moret general efectivo. Asegura este general haber recibido su nombramiento, no obstante lo que aquí asiento, pero no lo podia enseñar. Todo lo que sé es que el Emperador dijo una vez: «No le he de hacer general.» El general Moret usa tambien la medalla dada por valor, y la Cruz de Guadalupe, pero me consta con toda seguridad que no ha recibido ninguna de estas condecoraciones directamente del Emperador.

Méndez me vino á ver. Estaba de muy buen humor, y prometió arengar á sus tropas antes que atacásemos. Desde la noche del 10 se nos desertaban todas las noches diez ó doce, y al fin cien; sin embargo, un numero superior á este de liberales se pasó á la ciudad durante el sitio. Estos desertores liberales estaban sumamente satisfechos, pues se les trataba y pagaba mas bien que en el ejército de los liberales, adonde igualmente les daban de palos, cuyo modo de castigar se habia abolido en el nuestro.

En la noche del 14 de Mayo todo estaba dispuesto para la marcha. La corta cantidad de maiz que aun nos quedaba fué distribuida entre las tropas del rejimiento de la Emperatriz, los húsares, los Guardias de Corps y oficiales, para que se fortalecieran con un alimento en un tanto regular.

El tesoro del Emperador fué repartido entre Pradillo, el doctor Basch, Campos, Blasio, López y yo. Llevábamos las onzas amarradas á la cintura. Bastante tarde por la noche fué López á ver á Blasio para llevarse el dinero que se le debia confiar. Se puso muy indignado por habersele dejado solo plata, y se resintió de esa demostracion aparente de desconfianza, la que en lo mas mínimo se intentaba, pues nadie desconfiaba de él.

A cosa de las ocho de la noche fuí enviado por el Emperador á ver á López para indagar si estaba todo dispuesto. Se hallaba conmigo Mr. Schwesinger. Encontramos al coronel en casa y contestó sin el mas leve embarazo que todas las ordenes del Emperador se habian ejecutado. A las diez se reunió el consejo de guerra para decidir sobre el punto de ataque; pero Mejía dijo que solo tenia disponibles mil doscientos fusiles, y suplicó se le dieran esperas de veinticuatro horas. Ninguno de los generales se opuso, y Miramon dijo que todavía era tiempo, que una demora mas tendria el buen efecto de hacer al enemigo mas confiado y descuidado. Sin embargo, el Emperador decidió que esta tenia que ser la última demora, y que con certeza tendríamos que abrirnos paso durante la noche del 15 al 16 de Mayo.

Despues que se habian retirado los generales, mandó el Emperador por López, y le condecoró con la medalla al valor. A causa de qué ó por qué hechos, ha sido para mí un enigma. Cuando López se habia ido, el Emperador me comunicó las resoluciones del consejo y agregó: «Sé que vd. no se encuentra satisfecho con esta demora.»

«Señor, contesté: debo confesar que estoy tan poco satisfecho con esta detencion como que no puedo aprobar las

razones de los generales.» Yo hubiera creído que mil doscientos mosquetes y cuatro piezas de artillería era lo suficiente para disfrazar el ataque con la boruca.

—Pues bien, dijo el Emperador al despedirme:— un día mas ó menos no importa. Tenga vd. cuidado que los húsares y Guardia de Corps dejen los caballos ensillados.

Después de haber ejecutado esta orden examiné la casa y no echando de ver nada particular, me dirigí á mi cuarto, de muy mal humor. Para animarme mandé al camarista del Emperador á que me trajera una botella de champaña la que me tomé en compañía de Mr. Schwesinger el que dormía en el mismo aposento que yo. Después de esto me acosté en mi catre de campaña sin desnudarme, colocando el sable cerca de la cabecera y el revolver debajo de la almohada. Cuando desperté en la mañana del 15 todavía no había luz, eran cosa de las cinco. Oí un ruido pero no hice gran caso, pues generalmente hacían algún ruido por la mañana en la casa. No sospechaba en particular ningún desorden y mucho menos cuando unas cuantas horas antes había examinado la casa, y debía esperar que cualquier cosa de un carácter alarmante se me avisaría por la guardia.

Repentinamente entró el coronel López á mi cuarto y dijo de un modo extraño y escitado:—Pronto! salve vd. la vida al Emperador; el enemigo está ya en la Cruz! Con esto desapareció sin dar mas explicación ó aguardar mas pregunta. Cuando me había fajado la espada y puesto mi revolver en el cinturón, llegó el mayordomo del Emperador Mr. Grill, y me mandó á ver á su amo. En los momentos de seguirle entró el doctor Basch, y preguntó que ocurría.

—Nos han sorprendido. Es preciso que vaya á ver al Emperador. Apresúrese vd. y diga á Fuerstenwaerther que

mande á los húsares monten á caballo y estén listos frente á la Cruz [1].

Cuando llegué adonde estaba el Emperador, le encontré ya vestido y sumamente tranquilo. Entonces dijo:—Salm, nos han traicionado; vaya vd. abajo y vea vd. que los húsares y la escolta salgan. Iremos al cerro y veremos cómo podemos allanar este negocio. Allá voy yo inmediatamente.

Me fuí de prisa á la plaza de la Cruz, y me sorprendí bastante al ver que no había un solo soldado por ninguna parte; aun la guardia que estaba á la entrada del cuarto del Emperador había desaparecido. La plaza estaba igualmente desierta y silenciosa. La compañía que tenía que guarnecer la entrada á la Cruz había desaparecido é igualmente un destacamento del regimiento de la Emperatriz que debía haber estado allí. Al fin me encontré con el capitán Fuerstenwaerther, y le mandé fuera á ver á los húsares que estaban alojados precisamente al otro lado de la plaza en el meson de la Cruz, lo mismo que á la escolta y que los trajera aquí.

Antes de que hubiera llegado á la entrada de la Cruz ya de regreso, ví casi con la luz de la aurora que se había derribado un cañón de la batería que estaba allí y cosa de seis ú ocho soldados se subían arrastrándose con precaución por la parte de afuera de la tronera. Su facha era en extremo sospechosa, y al fijarme detenidamente creí haber reconocido el uniforme gris de los Supremos Poderes. Después de

1 El Dr. Basch, dice en su obra, "que ensillen," pero esto es un equívoco, pues personalmente había ordenado que se quedasen los caballos ensillados, pues de otro modo podía saber que después López había mandado desensillarlos.